

Cathy Hopkins

# Una chica diferente

Cinnamon Girl 



*Quisiera dedicar este libro a mi mamá,*

*Clare Hopkins, con amor.*

*Gracias también a Steve Lovering por su paciencia  
para escucharme hablar de cada aspecto de este libro mañana,  
tarde y noche. Gracias, como siempre, a Brenda Gardner  
y especialmente a Anne Clark por sus comentarios  
maravillosamente constructivos.*

# 1

## ¡Cham-pua!

—Llegamos —dije al teléfono mientras me dejaba caer sobre mi cama. La había acomodado junto a la ventana para poder acostarme a mirar el cielo claro del verano, o sentarme a mirar lo que pasaba abajo, en la calle.

—¿Cómo es? —me preguntó Erin, desde el otro extremo de la línea.

—Un paraíso. Mágico. Absolutamente fabuloso —respondí, contemplando los árboles y los tejados de las casas de la acera opuesta.

—¿Chicos?

—¡Dame un respiro! Apenas llevo aquí medio día.

—Es tiempo suficiente. Estás perezosa, India Jane. ¿Qué has estado haciendo?

—Llegando aquí, señorita mandona. Desempacando mis cosas. ¿Qué más?

—Bah —repuso Erin—. Ordena tus prioridades, muchacha. Yo ya habría salido a recorrer Portobello Road, a mirar a los chicos del lugar.

—Lo haré. Lo prometo. Apenas pueda, y lamento no haber podido hacer un reconocimiento adecuado todavía pero, por lo que he visto hasta ahora, tengo que decir que el panorama es alentador. La casa de tía Sarah está apenas a un par de cuadras del metro de Notting Hill y, cuando pasamos por allí, vi algunos buenos ejemplares.

—Cómo te envidio —dijo Erin—. A ti tenía que tocarte ir a vivir al lugar más de moda. Ojalá pudiera estar contigo allí, en Londres, en lugar de tener que quedarme aquí, en el país de los gnomos.

–Yo también quisiera eso. Siempre podrías escaparte. Estoy segura de que a mamá y papá no les molestaría. Ya sabes cómo son. Un matrimonio muy liberal. Ya han adoptado un orangután en Malasia, un asno en Devon y una cabra en África. Con una chica fugitiva, completarían el grupo.

–No seas cínica –dijo Erin–. Tus padres son de lo mejor. Me gusta que se ocupen de las buenas causas. Demuestra que se interesan.

–Bueno, supongo que podemos estar agradecidas de que al menos la cabra, el asno y el orangután no estén aquí con nosotros. Parece que todos los demás sí están. Me escapé a mi cuarto para tener un poco de paz. Abajo es una locura. Papá está dando órdenes a todo el mundo, como de costumbre. Todo el mundo está “ayudando” con la mudanza, pero en realidad lo que hacen es estorbar.

–¿Quiénes? ¿Quiénes están allá?

–Ethan, su esposa Jessica, Lewis, Dylan, tía Sarah, claro, y vi a mi prima Kate por un segundo, pero salió deprisa a algún lado, como siempre. Ethan y Jess trajeron también a las mellizas. Ethan está enseñándoles a decir: “Somos las mellizas malvadas. Las hijas de Satán”. Es muy gracioso porque son tan lindas y angelicales, con sus enormes ojos azules y su cabello rizado. Pero no ayudan mucho con el desempaque. Ethan...

–Ah, Ethan, el hermoso. ¿Sigue siendo tan apuesto?

–Sí... y muy mayor para ti.

–No es cierto. Tengo quince años.

–Sí, y él tiene veintiocho y está casado, y antes de que digas nada, Lewis también es muy mayor para ti.

Ethan es mi hermanastro, del primer matrimonio de papá. Había venido a darnos la bienvenida a la gran ciudad, igual que Lewis. Dylan (que tiene doce años) y Lewis son mis verdaderos hermanos, pero Lewis no vivirá con nosotros porque está estudiando y vive en Crouch End, en el norte de Londres.

–No, Lewis es un bebé –repuso Erin–. Tiene apenas diecinueve años, ¿no?

Reí. Justo antes de que mi familia abandonara Irlanda, Erin decidió que le gustaban los hombres mayores. Es decir, de por lo menos veinte años. Yo la entiendo, pues los chicos de nuestra edad suelen ser muy inmaduros, pero creo que los muchachos más grandes también pueden ser difíciles. Como que quieren probar muchas cosas (y no me refiero a probarse ropa).

–De acuerdo. Ahora cuéntame todo –dijo Erin–. Quiero poder verlo en mi mente, así cuando hablemos o nos escribamos, puedo imaginar exactamente cómo se ve todo. Empieza por la puerta de entrada. No, mejor por el portón. Por la calle. Quiero detalles.

–Está bien –respondí–. Detalles. Holland Park. *Très chic...*

–¿Quién fue a recogerlos al aeropuerto? –me interrumpió Erin.

–Tía Sarah.

–¿En qué?

–En un *BMW* negro nuevo. No olvides que tiene mucho dinero.

–Y luego ¿qué pasó?

–Vinimos directamente aquí. Tardamos poco más de una hora. El tránsito es increíble.

–¿Y el tiempo?

–Excelente. Un hermoso día de verano. Ni una nube en el cielo. ¿Cómo está allá, en Kilkerry?

–Lloviendo, por supuesto.

–Claro.

Yo sabía muy bien lo que era la lluvia en Irlanda. Durante los dos años que habíamos pasado allí, mis padres habían rentado un castillo. Les gustaba vivir en lugares interesantes. Toda mi vida hemos vivido en sitios poco comunes, y el castillo era hermoso, de eso no había duda; de hecho, era deslumbrante, y resultaba muy agradable estar allí cuando hacía buen tiempo, lo que no ocurría casi nunca. Es verdad que llueve mucho

en esa parte de Irlanda y el castillo tenía goteras. Siempre estábamos corriendo para colocar recipientes, ollas y cacerolas donde había goteras. Incluso una mañana, al despertar, descubrí un agujero en el cielorraso de mi habitación y una minicatarata que caía por él. Es un aspecto de vivir allá que no voy a echar de menos, y por eso me agrada tanto estar en casa de tía Sarah. Además de tener mucho dinero, es a tal punto organizada, moderna y equilibrada que mi mamá no puede sino observarla con admiración. En su casa no hay goteras, no, señor. Todas las superficies, paredes y cielorrasos están sellados a prueba de humedad y pintados en tonos de muy buen gusto. No es que mamá no tenga buen gusto; lo tiene, a su manera bohemia. Lo que no le sale es eso de ser organizada y equilibrada. A papá, tampoco, para el caso. Son como Peter Pan y Wendy. A veces me pregunto cómo se las ingenieron hasta ahora. En realidad, sé exactamente cómo. Con la herencia del abuelo. La herencia que ahora se agotó y por eso nos mudamos con la hermana de mamá y su hija, Kate.

–La casa es un sueño, Erin. Le tomaré algunas fotos y te las enviaré por e-mail. Será mejor si puedes verla tú misma.

–Sólo cuéntame un poco para darme una idea general.

–De acuerdo. Es grande, color crema y *très chic*. Tiene cinco pisos, como la mayoría de las casas de la zona. Seis dormitorios, tres salones para visitas y un estudio privado en el fondo del jardín, que tía Sarah utiliza como oficina. Dylan y yo estamos en el último piso y tenemos nuestro propio baño, con una ducha espectacular para masajes que tiene un cabezal del tamaño de una pelota de fútbol. La habitación de Kate está en el segundo piso y, junto a ella, hay un cuarto para huéspedes con otro baño. Las habitaciones de tía Sarah, mamá y papá están en el primer piso. Todas son enormes y luminosas, con techos altos, grandes ventanas y pisos de madera. Ella las decoró en tonos neutros y agregó color con todos sus adornos, tapetes y cosas que trajo de todos los lugares del mundo que ha visitado; principalmente de Tailandia y la India, creo.

–Parece una maravilla.

–Lo es. Los únicos ambientes que son un poco oscuros son el sótano y la cocina, que está al fondo de la casa. Tiene techos altos, es angosta y tiene un tendedero con poleas que cuelga del techo. Los usaban antiguamente para colgar la ropa lavada antes de que hubiera secadoras.

–¿Así seca la ropa tu tía?

–No, jamás. Lo usa para colgar las cacerolas y los utensilios de cocina. Es genial: puedes subirlos para que no molesten. Ya lo verás cuando vengas más avanzado el verano.

–No veo la hora. ¿Cómo es tu habitación?

–Bonita. Con colores marinos. Celeste y arena. Tía Sarah dijo que puedo poner lo que quiera en las paredes para sentirme en casa. Traje en mi equipaje de mano la foto de nosotras dos. Es lo primero que puse aquí.

–Como debe ser. ¿La que nos tomaron en Dublín?

–Sí.

Nos habían tomado esa foto, a Erin y a mí, en una estación de trenes en Dublín cuando fuimos en viaje escolar, unas semanas antes de mi partida. Yo la había hecho ampliar para aprovechar un portarretrato de plata que me había regalado mi abuela una Navidad. Erin aparece levantándose la nariz con un dedo y poniéndose bizca, y yo estoy sentada detrás de ella haciendo mi cara de zombi. No es la foto más atractiva de nosotras, pero me agradaba porque me recordaba cuánto nos divertimos siempre. En realidad, Erin tiene aspecto de muchacho, con carita de duende y cabello corto color miel. Vive en jeans y *Converse All Stars* (desde que la convencí de que le quedan muy bien). Todos los chicos de Irlanda están tras ella. No es que a Erin le gusten, salvo Scott Malone, el más lindo de la escuela, que les gusta a todas. Es muy selectiva y dice que prefiere esperar al indicado en lugar de conformarse con menos. Eso sólo hace que los chicos la persigan más, pues a los varones les encantan los retos (según dicen mis hermanos).

–¿Vas a estar bien, entonces? –preguntó Erin.

–Sí. Eso espero. Me pone nerviosa empezar en una nueva escuela en septiembre. Cómo voy a odiar ser otra vez la chica nueva.

–Te va a ir bien. Eres bellísima, y además, geminiana. Es uno de los mejores signos para hacer nuevos amigos. Van a pelearse por estar contigo.

–No me digas. Como lo hacían cuando empecé en tu escuela, ¿no? No lo creo. Nosotras no nos hicimos amigas hasta pasado casi un año.

–Ah, bueno. Pero yo soy de Tauro. Nos gusta tomarnos un tiempo para decidir acerca de la gente pero, cuando lo hacemos, somos muy leales.

–Lo sé. Ahora no puedo deshacerme de ti. ¡Y mira que lo he intentado! Es decir, fíjate: cambié de país y me sigues llamando.

Erin rió.

–Ahora te dejo. No voy a tolerar esa clase de insultos de alguien de tu calaña. En realidad, tengo que irme; papá me llama. Quiere que lave el auto. A veces me pregunto de qué se habrá muerto su último esclavo. Así que envíame e-mails o mensajes de texto y fotos de los chicos y de la casa. ¿De acuerdo?

–Lo haré.

–En realidad, aguarda un momento, India J. Antes de que cortes, voy a darte una tarea para el hogar.

–¿Tarea para el hogar?

–Sí. Tienes que salir hoy, en algún momento, sacarle una foto al chico más lindo que veas y luego enviármela por e-mail, ¿de acuerdo?

–¡Sí, mi sargento!

–Rompan filas –dijo Erin, y cortó.

Cuando corté la llamada, estaba a punto de empezar a desempacar cuando oí que mamá me llamaba desde abajo.

Bajé a ver qué quería y la encontré en el vestíbulo. Se la veía preocupada.

–¿No has visto mi bolso, por casualidad?

Meneé la cabeza.

–Necesitamos leche, cariño –prosiguió, mientras buscaba su bolso en el vestíbulo–. Con tanta gente aquí, se acabó. ¿Serías tan buena de ir a comprar más?

–Pero no sé adónde ir –protesté.

–Pues averígualo –intervino papá, que acababa de llegar de la cocina y había oído la última parte de la conversación. Él siempre irrumpe como un tornado, creando una estela de conmoción y ruido, en parte porque es un hombre corpulento, una presencia, y en parte por su personalidad expansiva–. Pronto tendrás que aprender a moverte por aquí.

–Pero... –Iba a protestar otra vez pero me di cuenta de que no tenía caso. Era típico de papá hacerme salir sola en un lugar extraño. No se le ocurría que yo podría sentirme insegura hasta que llegara a conocer mejor la zona. Así también nos enseñó a nadar. Nos arrojó al agua en el lado profundo. Sólo cuando pareció que Dylan se estaba ahogando papá se dio cuenta de que a veces conviene tener más precaución. Él es absolutamente insensible a las cosas nuevas y a los cambios. Le encantan. Los disfruta. Lo ve todo como una gran aventura y, por eso, piensa que nosotros también lo vemos así. De allí los cinco lugares distintos donde vivimos en mis quince años.

Tía Sarah entró al vestíbulo detrás de papá. Mirándolas, nadie adivinaría que ella y mamá son hermanas. Mamá se parece a mi difunta abuela, que era la inglesa típica, y tía Sarah sale al abuelo, que era bajo y robusto. Mamá es alta y delgada, con rasgos delicados, mientras que tía Sarah es más menuda y tiene más curvas. Con su cabello oscuro, parece más bien emparentada con la familia de papá, que son italianos. Pero tanto mamá como tía Sarah están en la onda “hippie con diseño”, y les gustan la ropa y los accesorios de Oriente, lo cual me parece muy bien pues a mí también me agradan muchas de esas cosas.

–¿Dónde puede ir India Jane a comprar leche? –preguntó papá.

–Sales a la calle, doblas a la izquierda, sigues hasta el semáforo, cruzas la calle y verás un minimercado al lado de la cafetería *Starbucks* –me indicó tía Sarah.

–Excelente –respondió papá–. India sabrá llegar, ¿verdad?

–Pero no encuentro mi bolso –dijo mamá.

Tía Sarah suspiró, buscó su bolso y me dio un billete de diez libras.

–Ya que vas, ¿puedes comprarme champú? –pidió papá–. Cualquiera que veas. Gracias, princesa.

Subí deprisa a mi cuarto a ponerme unos zapatos y pasé unos minutos arreglándome. Al fin y al cabo, era mi primera salida en el lugar más de moda, como había dicho Erin. Abrí una de las maletas que aún faltaba desempacar, saqué algunas cosas y las arrojé al suelo. Me quité la camiseta que tenía puesta, me puse mi vestido tipo pareo sobre los jeans y luego un cinto de cuero marrón, más uno hindú plateado a la altura de la cadera. Me miré en el largo espejo que había a la izquierda de la puerta. Me devolvió la imagen de una chica alta y delgada de ojos cafés y largo cabello castaño con destellos cobrizos. ¿Se seguirían usando en Londres los vestidos sobre los jeans?, me pregunté. Era algo que había estado de moda en forma intermitente varias veces en los últimos años. A Erin y a mí nos gustaba ese estilo y además siempre nos poníamos dos cinturones, aunque las revistas dijeran que no se usaba más. Me agradaba elegir elementos de distintas modas y combinarlos para lograr mi propio *look*. Me recogí el pelo y lo sujeté con el palillo rojo y negro que siempre usaba. Un toque de brillo labial y estuve lista.

–India Jane, la gente está esperando para tomar el té –me avisó papá desde la escalera.

Ésa es otra característica de papá. Es impaciente. Siempre lo quiere todo para ayer.

Tomé mi cámara digital por si veía algún chico para enviar a Erin, bajé la escalera deprisa y salí.

Seguí las instrucciones de tía Sarah y pronto vi el mercado indicado. Era bueno estar afuera en un día tan hermoso y sentir el sol en la piel. Mi ánimo mejoró más aún cuando dos chicos muy lindos pasaron en bicicleta y me saludaron. Estaba entusiasmada por vivir en Londres. Había estado aquí antes, visitando a tía Sarah, pero nunca nos habíamos quedado más de una semana y la última vez había sido años atrás. Esta vez viviríamos aquí y estaba ansiosa por explorar y ver qué había por allí.

Al pasar por *Starbucks*, inmediatamente reparé en un chico que estaba sentado junto a la ventana, hablando por su teléfono móvil. Rápidamente saqué mis anteojos de sol y me los puse para poder volver a mirarlo sin que se diera cuenta de que lo estaba estudiando. Era *exactamente* mi tipo, lo cual resultaba asombroso porque nunca había visto a mi tipo en carne y hueso, sino sólo en películas o revistas. Tenía puestos unos jeans negros y una camiseta y hablaba animadamente con la persona que estaba en la línea. Si era un ejemplar típico de los chicos londinenses, aquella ciudad prometía. Mirándolo con la cubierta de mis anteojos de sol, confirmé que era súper buen mozo: de mediana estatura, delgado, con cabello castaño ligeramente rizado hasta los hombros y una excelente estructura ósea. Siempre presto atención a esas cosas porque quiero ser artista, y lo que más me gusta es dibujar caras. Cuando terminó la llamada y miró por la ventana, adoptó una expresión taciturna, como si estuviera pensando mucho en algo o alguien. *Erin se moriría si le enviara una foto de él*, pensé. Ella tenía en la pared de su cuarto un afiche de un actor de los años cincuenta, James Dean. Actuó en una película llamada *Rebelde sin causa*, y este chico tenía la misma expresión que James Dean en ese afiche: una mezcla de taciturno, melancólico y peligroso. Tomé posición en la parada de autobús que había frente al café y apunté la cámara como para tomar una foto general del frente del edificio. A último momento, la apunté hacia el chico y apreté el disparador.

Verifiqué cómo había salido y, bingo, estaba perfecta. Erin se moriría de envidia, y apenas era mi primer día. Cerré la cámara y volví a mirar hacia la ventana. El chico estaba mirándome directamente. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí un cosquilleo en el estómago. Aparté la vista rápidamente, caminé hacia el mercado y traté de tranquilizarme pensando que él no sabría que había estado mirándolo porque tenía los anteojos de sol. Son grandes y negros. No dejan ver los ojos. Erin y yo los habíamos probado antes de que yo los comprara, en Irlanda.

Cuando llegué al minimercado, me quité los anteojos, compré la leche y una barra de chocolate y luego fui a la farmacia a buscar el champú para papá.

Tenían la variedad de siempre para los distintos tipos de cabello: seco, graso, crespo, teñido, dañado. Champúes con frutas, hierbas, aloe vera, todo tipo de ingredientes mágicos. Al final, elegí uno que tenía un atractivo color azul y fui hacia la caja. Había una señora mayor delante de mí y, mientras esperaba, miré alrededor del local para referencia futura.

Se abrió la puerta y entró el chico de *Starbucks*. Aparté la vista de prisa, pero no sin observar que era más alto de lo que había parecido en el café. De reojo, vi que se dirigía hacia una estantería a la derecha y se ponía a mirar cepillos de dientes. Eligió uno, se dirigió a la caja y se paró detrás de mí. Miré hacia otro lado, pues no quería que me viera mirándolo. En cambio, empecé a observar los productos que había delante de mí.

El hombre que atendía terminó con la señora y luego saludó al chico que estaba detrás de mí.

–Hola, Joe –le dijo.

–Hola, Sr. Patel –le respondió el chico, y le enseñó su cepillo de dientes–. Para mi viaje.

–Qué suerte tienes –le dijo el Sr. Patel.

–Sí. Pasaré casi todo el verano afuera.

El Sr. Patel asintió.

–Lo sé. Tu madre estuvo aquí más temprano, comprando provisiones. ¿Cuándo se van?

–La próxima semana –respondió Joe–. Aunque mamá se va antes... pero, oiga, esta chica estaba antes que yo, ¿no?

Sólo entonces reparé en que los artículos que había simulado observar con tanta concentración eran pruebas de embarazo, y parecía que Joe lo había notado. Sentí calor en la nuca.

–Eh... sí, no... no, pasa tú –balbuceé–. No tengo prisa.

Joe echó un vistazo a las pruebas de embarazo.

–¿Segura? –preguntó.

–Muy segura –le respondí, en un tono que parecía el de la Reina.

–No, por favor, adelante –insistió Joe–. Tú estabas primero.

Le extendí el champú al Sr. Patel, quien lo tomó y dijo:

–Tenemos peines que van con este champú.

–No importa, tengo cepillo para el cabello –respondí. Sentí que me ruborizaba pues presentía que Joe estaba escuchando.

–Ah, pero los cepillos no sirven para los piojos –dijo el Sr. Patel–. Necesitas un peine fino para retirar las liendres. ¿Es para ti?

Detrás de mí, Joe retrocedió un par de pasos. Sentí que me ruborizaba cada vez más.

–¿Piojos? No, en absoluto. Yo... –Eché un vistazo al frasco. *Combate los piojos*, decía claramente en la etiqueta. No me había fijado al elegirlo en la estantería. Instintivamente, me llevé la mano a la cabeza y Joe retrocedió más aún–. No. En realidad, no es para mí. Es decir... no tengo piojos.

–No tienes por qué avergonzarte, querida –dijo el señor–. Es algo muy común.

–No, en serio... –empecé a protestar.

–Entonces, ¿para quién es el champú? –preguntó el Sr. Patel.

–Para mi papá. Es decir... nooooo, él no...

–Ah, para tu papá –me interrumpió el Sr. Patel–. Aun así, es mejor si lo usa toda la familia. Los piojos se contagian muy fácilmente.

–Pero... quiero decir, ninguno de nosotros tiene piojos. Nadie en mi familia los tiene.

Me atreví a echar un rápido vistazo a Joe, que se había ido detrás de un mostrador de maquillajes y tenía una expresión de “ah, no me digas, a ver qué inventas ahora”.

–En serio, no los tenemos –le dije–. ¡No hace falta que te escondas!

Joe levantó las manos y se encogió de hombros.

–Bueno, sólo estoy haciendo la fila.

Deprisa, regresé a la estantería de los champúes, devolví el champú para piojos, tomé uno de Frutos del Bosque para cabello normal y volví a la caja.

–Llevaré éste –dije–. Sí es para mi papá. No para mí. Y tiene cabello absolutamente normal. NORMAL, sin piojos.

Oí que Joe reía entre dientes detrás de mí.

Pagué el champú y me encaminé hacia la puerta. Mientras la abría para salir, oí reír a Joe y también al Sr. Patel.

Caminando de regreso a la casa, pensé: *Olvidate de causar una buena impresión. Posiblemente embarazada y con piojos. Sinceramente espero no volver a toparme jamás con ese chico. Gracias a Dios que se va de viaje. Cuanto más lejos, mejor.*